

Héroe de la clase cultivadora

Matías Faray estuvo quince días encerrado en un calabozo por cultivar marihuana en su balcón. Todavía procesado, este rasta bonaerense que se convirtió en líder de base de la lucha por la legalización convoca a todo el mundo a plantar y regalar sus cogollos Por Fernando Soriano

CUANDO TENIA 14 AÑOS, HACE VEINTE, EL PADRE DE MATIAS FARAY MURIO DE dos tiros en el pecho mientras intentaba evitar que le robaran a una vecina de Villa Trujui, en el oeste del conurbano. El crimen de su viejo, changarín y verdulero, le sacó a Matías las ganas de vivir. Tres años después, una tarde cruzaba la calle distraído y un auto lo pasó por encima. Estuvo un mes en coma. Su recuperación fue lenta. Y el trance lo cambió para siempre. De alguna manera, se desactivó el filtro que casi todos tenemos para no cruzar la frontera de lo políticamente correcto. Si hubiera que encontrar un punto de giro en la historia del máximo referente de la militancia de base por el autocultivo y la despenalización de la marihuana en Argentina, probablemente sea ése. Un renacimiento que, con el tiempo, lo llevaría a ser el símbolo de los “cultivetas”, entregado al reclamo por el derecho de plantar, evitar al transa y vivir lo más tranquilo posible.

El 4 de mayo de 2013, en la Marcha Mundial por la Marihuana más multitudinaria que se haya visto en Buenos Aires, ante cerca de 100 mil personas, Faray se consagró como una especie de líder político y espiritual de la cultura cannábica nacional. Ya había bajado línea desde el escenario de la misma convocatoria tres años antes, aunque ante mucha menos gente, con un discurso arengador a favor del autocultivo. Aún no había aparecido en televisión explicando cómo se cultiva *indoor*. Tampoco había pasado, tal vez como daño colateral de esa exposición pública, quince días infernales en el calabozo de una comisaría, acusado de narco. En 2013, el flaquito de poca barba y dreadlocks que habló arriba del escenario ya era otro. Todavía procesado por la

Justicia, acusado de afectar a la sociedad por fomentar el uso de drogas, ese día, bajo la cúpula del Congreso, Matías gritó: “Todos los meses hay pibes presos por tener su planta. El autocultivo es el as en la manga que tenemos los ciudadanos para combatir este sistema criminal. ¿Qué le pasa al Estado? ¿Por qué nos sigue ignorando año tras año? Anibal Fernández, nos cansamos de escucharte y de que hagas lobby con nosotros. ¿Dónde estás? ¿Qué pasa con la ley de drogas?”. Abajo, la multitud tapó su discurso con el grito de guerra “¡Autocultivo, autocultivo!”. Matías siguió y fue más a fondo: “Nuestros reclamos ahora son exigencias. Vinimos a exigir. Basta de presos por cultivar. Por cada cultiveta que cae, mil más vamos a cultivar. Y vamos a regalar. ¡Rega-

len plantas de cannabis a todos los usuarios! ¡Se tiene que fundir el negocio del prensado!”.

Con esa verborragia combativa, Faray se convirtió en el líder de la militancia cannábica del último tiempo. Hasta su aparición, los reclamos estaban desdibujados por una mayoría anónima. Matías eligió rebelarse contra el miedo. Pagó con noches de cárcel, pero, más allá de esa aparente temeridad, su dialéctica y acción están cimentadas en el sentido común. “El alcohol nos adormece y la marihuana nos despierta”, asegura él, acodado en el mostrador de la zapatería que tiene en Villa Trujui, llamada One Love. “Hay un negocio con todo esto. Basta de narcopolicias, de arreglos, se tiene que cambiar la ley y dejarnos tranquilos. Que persigan a los narcos. Que laburen.”

MATIAS TIENE 34 Y EMPEZO A FUMAR a los 19. Encontró en el porro una vía de escape a la oscuridad que se había desatado después de su accidente, un período en el que consumía cocaína y sufría ataques de asma. Un día vio que la marihuana podía ayudarlo a tranquilizarse, a canalizar de otra manera la angustia. Empezó con faso paraguayo, prensado y meado, pero no pasó mucho tiempo hasta que tuvo su primera planta, que escondía de su madre en el placard de su habitación. A esa altura ya se sentía tan atraído por los misterios de la planta que había leído todos los libros, revistas y websites que encontró por ahí. La marihuana fue



para él, a la par que una especie de puente con un mundo más sosegado y un objeto de estudio, una causa por la que valía la pena vivir y luchar.

Con aquella primera cosecha de armario floreció su activismo. Faray usó el carisma innato por el que se había destacado en la escuela, donde pagó su viaje de egresados y los de varios amigos vendiendo golosinas hasta en los colectivos. Su primera acción fue en las elecciones nacionales de 2003, las que ganó Néstor Kirchner. Matías

armó una “boleta verde”, que tenía una hoja de marihuana dibujada por él y la leyenda “Por más información y menos narcotráfico”. Las repartió en el barrio y metió ocho votos, jura entre risas.

AL POCO TIEMPO, DESCUBRIR EN LA REVISTA *THC* un canal de comunicación aliado. Y en una edición de 2006 conoció la existencia de los clubes de cannabicultores, reuniones en las que se com-

parten porros y conocimientos por amor a la planta. “Ya me había enamorado del hecho de cultivar la tierra, es algo que mamá de mi vieja y que te da una energía increíble”, dice Faray. “Y cuando leímos esa nota con otros amigos cultivetas la limamos y empezamos a reunirnos.”

Así, con amigos y conocidos del barrio, limitados como él en sus saberes botánicos, formó la Agrupación de Cannabicultores del Oeste, basada en un precepto que Matías resu-

“Por cada cultiveta que caiga, mil más vamos a plantar. Abajo el negocio del porro prensado.”

me así: “Transmutar la marihuana demonizada en algo positivo para la sociedad. Para eso, me inspiré en los hechos que yo mismo había vivido: dejar otros consumos, no comprar más, fumar flores, cultivar la tierra. Eso me hizo bien a mí y quería propagarlo a mi entorno”.

Paralelamente, se convirtió en colaborador *ad honorem* de la revista y se encauzó en el activismo formal, asesorado por el plantel de periodistas, abogados y militantes de *THC*. Fue uno de los primeros en aparecer con nombre y apellido en los correos de lectores y luego ya en textos didácticos sobre cultivo, basados en su investigación casera, en la que siempre primó un cuidado sencillo, nada gourmet, como escribe un día por el chat de Facebook: “Respetar las horas de oscuridad de la planta, regarla en forma abundante cuando tiene sed o la tierra seca, germinar todo el tiempo, usar humus de lombriz y mucha perlita para tener un sustrato liviano y nutritivo. Y, por último, convidar flores. NO venderlas”.

Cuando se fue a vivir solo, Matías transformó su monoambiente de Hurlingham en un vivero con plantas y plantines que alimentaban su fascinación de biólogo rasta: llevaba fichas de cada una con la historia de su evolución, qué nutrientes les aportaba, cómo reaccionaban sus *THC* y qué clase de flash proveían. “Desde la revista casi que lo vimos crecer. Como cultivador nunca retaceó información. Y como activista, pocos cubren tantos flancos y salen bien parados en todos como él”, analiza Emilio Ruchansky, editor de *THC* y periodista de *Página/12*.

Rápidamente Faray se volvió una especie de consultor sobre autocultivo. El día que Bob Marley habría cumplido 66 años, el 6 de febrero de 2011, apareció en el programa de televisión *Bajada de línea* de Víctor Hugo Morales, en una emisión dedicada a la lucha por la despenalización. Desde su casa, Matías exhibió su *indoor*, habló de jardinería y bajó línea: “Con el autocultivo terminás con la inseguridad, con la insalubridad,

con la economía negativa y con la contribución al narcotráfico. Te alejás de todos esos aspectos. Y no sé si considerarlo un delito, porque no estás haciendo nada que la Constitución no ampare, ¿no?”, chicanéó, refiriéndose al artículo 19, que protege todas las acciones privadas de los hombres que “de ningún modo ofendan al orden y a la moral pública, ni perjudiquen a un tercero”.

La exposición mediática le salió cara. Dos meses y una semana después de aparecer en la tevé, diecinueve efectivos bonaerenses de la comisaría de Villa Tesei reventaron su departamento. El operativo fue el resultado de una “investigación” hecha por esa comisaría a partir de un llamado supuestamente anónimo que alertó que Faray era “un dealer pesado de la zona”. La jueza Mónica López Osornio (que en 2002 benefició al cura Julio César Grassi, condenado por pedófilo, con un régimen de libertad morigerada) firmó la orden de allanamiento después de leer el informe sobre el sospechoso, cuya prueba determinante era una foto de teléfono celular que mostraba su balcón con plantas. Uno de los policías que lo detuvo mientras esperaba el colectivo, el día del allanamiento, era un vecino del edificio. La Policía encontró las diez plantas del balcón, quince esquejes en floración, 400 gramos de cogollos de cosecha propia y semillas. “Cuando los polis entraron a casa se querían matar. La investigación fue ridícula. Imaginate que no era la casa de un narco”, se ríe Matías con estupor. “Estos son los vicios graves del sistema”, sintetiza Luis Osler, abogado de Faray. “Como la estadística genera subvenciones, ascensos, entradas de guita a las comisarías, cualquier caso figura como narcotráfico. Entonces está plagado de nichos de corrupción. Llenan estadísticas de pelotudos y no agarran un narco.”

Rídiculo y todo, el operativo terminó con Matías mezclado entre ladrones en la comisaría de Tesei durante quince días, hambriento y amenazado, al menos hasta que su detención se mediatizó y él activó su carisma de líder también en el calabozo. Denunció en los diarios que a los presos les daban comida podrida, que dormían entre la mugre, la mierda y las ratas. Así, se armó una



“¡CULTIVEN YA!” En la Marcha Mundial de la Marihuana de 2010, Faray intervino con una encendida arenga. “Basta de mercado negro”, dijo. A la izquierda: el recorte de su detención, en 2011, que llevó el autocultivo a las noticias.



vigilia en la puerta de la comisaría a la que llegaba gente con comida y abrigo. También aparecieron auditores del Gobierno con alimentos saludables, tachos de basura y pintura para las paredes. Matías y sus compañeros le lavaron la cara al calabozo. Y sobre la pared recién pintada de blanco, Faray dibujó una hoja de marihuana y escribió: LEGALINCENLA.

El expediente cayó en el Juzgado Federal en lo Criminal y Correccional N° 2, donde desestimaron la idea de que Faray es un narco y determinaron que las plantas “tenían como destino satisfacer el propio vicio”. El caso fue remitido a un tribunal ordinario provincial por ser el cultivo para consumo personal un delito menor. Así, la causa llegó a manos de Daniel Leppen, del Juzgado Correccional N° 1 de Morón. El fiscal Antonio Alberto Ferreras recomendó no dar lugar a los pedidos de inconstitucionalidad y sobreseimiento que habían hecho los abogados de Faray, y el juez concedió la excarcelación pero lo mantuvo procesado camino al juicio, porque, según él, su

activismo afecta a la población. Antes de resolver, juez y fiscal intentaron convencer a Matías de aceptar una *probation*, es decir, “limpiar” su nombre con trabajos comunitarios y declararse culpable. Faray miró al fiscal, al juez, a sus abogados, y fue claro: “Si me están acusando de cultivo, soy culpable. Transar con la *probation* sería sacar-se el problema de encima. Quiero que las cosas cambien, porque plantas voy a seguir teniendo y no molesto a nadie”.

En su resolución, Leppen reconoció que la inconstitucionalidad reclamada por la defensa (marcada por la Suprema Corte en el célebre fallo Arriola) podía extenderse al autocultivo. Aunque, “más allá de la loable ideología del encartado, porque propende a combatir a los traficantes de drogas” –ironizó–, el límite era que el cultivador no promoviera públicamente su práctica. Los abogados de Matías apelaron, pero a mediados de este año el juez se abrió de la causa porque admitió que había adelantado sus criterios antes de dar sentencia.

Leppen se sacó la causa de encima, pero Matías Faray sigue procesado. Su situación está ahora en manos del juez Antonio Mele y es una incógnita. Mientras tanto, sigue con su cruzada. Hace poco viajó a Bariloche para dar charlas; mantiene su agrupación de cannabicultores y experimenta con aceites a base de marihuana para tratar problemas psicosomáticos de familiares y amigos (asegura que le sirvieron como paliativos a su madre mientras peleaba contra el cáncer).

Está claro que, mucho más que resolver su situación procesal, Faray está interesado en protagonizar la lucha por la despenalización. Lo que empezó como un consumo de autoayuda para sus tiempos oscuros se transformó en una razón de ser. Faray mira el mundo que lo rodea, las causas armadas, los operativos fantasmas, los proyectos de ley dormidos, y lo resume todo con un eslogan instantáneo: “¿Sabés qué? Creo que les haría falta a todos un poco más de marihuana”.

LOS AMIGOS (O CASI) DE LA LEGALIZACION EN EL CONGRESO

Qué proponen los principales aliados de la despenalización en las cámaras legislativas



VICTORIA DONDA

Diputada de Libres del Sur

El año pasado, junto con Gil Lavedra (UCR) y Diana Conti (FPV) presentaron un proyecto para modificar la Ley de Estupefacientes, pero por ahora el debate quedó suspendido. “Tiene diferencias con Uruguay. Nosotros no planteamos legalizar el consumo, porque bastante nos cuesta despenalizar”, explica. “El cultivo para consumo personal no sería delito.”



ANIBAL FERNANDEZ

Senador del FPV

Es la voz despenalizadora del Gobierno. Y, mostrando sus conocimientos como cultivador de plantas bonsái, en una entrevista con *THC* aconsejó a los cultivadores novatos preparar la tierra con “arena gruesa de agua dulce, con un poco de compost y un poco de turba”. Más allá de sus consejos botánicos, algunos militantes lo critican por no haber pasado a la acción.



HERMES BINNER

Candidato a diputado del FAP

El líder del frente socialdemócrata planteó replicar los modelos de Holanda y Uruguay, centrando la discusión en el acceso a las drogas. Propuso pensar alternativas para una “despenalización del comercio”. “El que quiera drogarse tiene derecho a hacerlo, pero que no introduzca en esta distorsión a otros, que es lo que obliga este sistema de comercialización.”